

# KÖLNER BEITRÄGE ZUR LATEINAMERIKA-FORSCHUNG

Herausgegeben von Christian Wenzlaff-Eggebert und Martin Traine

## Europa y sus fronteras: La frontera meridional: ¿el Mediterráneo?

editado por Christian Wenzlaff-Eggebert

Europa y sus fronteras: La frontera meridional: ¿el Mediterráneo?

Contribuciones de Christian Wentzlaff-Eggebert, Corin Braga, Ruxandra Cesereanu, Jesús Manuel Zulueta, Cristina Varga, Veronica Manole, Gonzalo Águila Escobar, Raquel Macciuci, Anna Rzepka, Isabel Justo, Marina Bianchi, Antonio Martínez González, Enrico Lodi, Sara Chiodaroli.

Köln / Colonia 2010

Arbeitskreis Spanien – Portugal – Lateinamerika  
Centro de Estudios sobre España, Portugal y América Latina  
Albertus-Magnus-Platz  
50923 Köln

ISSN 143-6887

Redacción: Linda Kirmse y Megan Hanson

# ÍNDICE

Christian Wentzlaff-Eggebert: Europa y sus fronteras: La frontera meridional: ¿El Mediterráneo?.....	4
Corin Braga: El Mediterráneo en los mapamundis fantásticos del Medioevo.....	8
Ruxandra Ceseranu: Prácticas culturales en Las mil y una noches.....	22
Jesús Manuel Zulueta: Indígenas europeizados en las crónicas de Indias .....	31
Cristina Varga: Ali Bey el Abbasi – el viaje de un cristiano a Meca.....	45
Veronica Manole: „Há mouro na costal” A imagem dos mouros em frascologismos espanhois e portugueses...59	
Gonzalo Águila Escobar: Variación léxica popular en las hablas andaluzas: Denominaciones de la Prenda de abrigo de la mujer en el atlas lingüístico y etnográfico de Andalucía.....	67
Raquel Macciuci: Fronteras geográficas y simbólicas: el espacio mediterráneo valenciano en la literatura y el arte .....	80
Anna Rzepka: Los manuscritos ibéricos de la colección berlinesa depositada en la Biblioteca de la Universidad de Cracovia: una valiosa contribución al patrimonio hispánico en Europa.....	98
Isabel Justo: El lado oscuro de la luz mediterránea. Pintura española del entresiglo XIX-XX.....	111
Martina Bianchi: Sevilla y la Generación 27.....	125
Antonio Martínez González: Aproximación al Romancero Gitano (1928): "El Romance de la pena negra".....	156
Enrico Lodi: "En torno al casticismo". El concepto de España en el marco europeo según Unamuno....	172
Sara Chiodaroli: España - Europa y sus fronteras en la literatura de los migrantes contemporáneos.....	182
Sobre los autores.....	198

**RAQUEL MACCIUCI:**  
**FRONTERAS GEOGRÁFICAS Y SIMBÓLICAS: EL ESPACIO  
MEDITERRÁNEO VALENCIANO EN LA LITERATURA Y  
EL ARTE**

**Abstract:**

The vast southern European coast is inhabited by a great number of communities whose lifestyles and culture have, since time immemorial, been closely linked to the Mediterranean sea, a decisive territory, both geographic and symbolic. At the same time, each of these populations have developed particular identity marks within the framework of their specific historical and geographic coordinates. The purpose of this work is to focus on a specific Spanish Mediterranean region, Valencia, and to attempt a hypothesis about the importance of the mediterranean context in the process by which their collective identity has been built. Starting from the analysis of both a series of literary and pictorial references and of aesthetic and ideological debates -all of them belonging to the Valencian culture-, this article aims to study the diversity and the continuity of a southern European frontier, which has been constantly vanishing and reappearing on the time-line as well as on the surface of the maps.

**Fronteras: tierra adentro y mar afuera**

Sin duda el Mediterráneo es una frontera natural entre Europa y África con un fuerte correlato en el plano simbólico alimentado por siglos de historia y de cultura. Pero no siempre fue una frontera que separaba Europa de dos continentes: una erudición mínima alcanza para recordar que las tres orillas llegaron a ser un todo para fenicios, griegos, romanos, musulmanes. Numerosos topónimos y enclaves geográficos de la Europa meridional del siglo XXI guardan la memoria de tiempos en que el acotado y reducido Mediterráneo, casi un mar interior, funcionaba más como cuenca navegable que como línea de demarcación.

En sentido inverso, es decir, el Mediterráneo como frontera divisoria entre el sur de Europa y el norte de África -lo que equivale decir entre el Norte y el Sur- muestra en su extremo occidental el contorno diáfano de la Península Ibérica, que simbólicamente está lejos de ser el límite preciso que su geografía sugiere: durante el siglo XX todavía se podía escuchar con harta frecuencia el conocido apotegma "África empieza en los Pirineos". La expresión, que hoy parece más una figura retórica que una referencia espacial, reproduce sin embargo después de mil doscientos años la frontera

política y simbólica de la Marca Hispánica, que separaba el Imperio Carolingio de Al-Andalus: las fronteras cambian pero en las mentalidades perduran con enorme firmeza.<sup>1</sup>

Si bien el origen de la expresión – que era mucho más que una frase ingeniosa– suele situarse en Francia y en el siglo XIX, el concepto llegó a estar muy extendido en Europa central; prueba de ellos son las duras polémicas desatadas entre los hispanistas de Alemania a principios del siglo XX, donde se registran entusiastas estudiosos de la cultura española pero también severos detractores:

“Para Klemperer la ‘Renaissancelosigkeit’ ofrece el argumento contundente en pro del carácter no europeo de España, que no se cansa de subrayar, acorde con la idea que machacona del viejo y tonto dicho de que África comienza allende los Pirineos”.<sup>2</sup>

Desde otra perspectiva, ahora exclusivamente europea, el Mediterráneo aparece asociado a una frontera interior invisible que forma dos grandes conjuntos configurados a partir de la afirmación de la revolución burguesa y de su concepción pragmática de la vida: al sur, los países llamados mediterráneos quedaron asociados al catolicismo, a la culturas del ocio frente a las del negocio y en las que se ora más que se labora; al Norte, los protestantes, adelantados de la revolución industrial, las finanzas y las instituciones modernas.

Si la focalización se fija en la zona europea meridional, se aprecia que el contraste entre el norte y el sur europeos se reproduce en los propios países mediterráneos: Italia es quizás uno de los ejemplos más evidente y, con un mapa menos bipolar, la divergencia se verifica también en la antigua Iberia, donde el Mediterráneo español forma un conjunto con el resto del espacio meridional europeo, pero a la vez se subdivide y adquiere matices y rasgos distintivos en las diferentes regiones que conforman su litoral.

El carácter convencional de las fronteras sirve por tanto de advertencia a la hora de hablar de ‘pueblos mediterráneos’; intentar compendiarlos y

<sup>1</sup> Acerca del estatuto ambiguo y periférico de España en el concierto de naciones europeas y en el contexto del mundo latinoamericano, v. Macciuci, Raquel: “Literatura española de mar a mar”. En R. Macciuci y Natalia Corbellini (Eds.): *De la periferia al centro. Discurso de la otredad en la narrativa española contemporánea*. La Plata: Al margen. 2006, pp.11-50.

<sup>2</sup> Briesemeister, Dietrich: “Victor Klemperer, hispanista a su pesar”. En *Boletín de la Asociación Internacional de Hispanistas*. N.º 15. AII I-Fundación Duques de Soria. 2008, p. 26. Hoy la oposición se mantiene veladamente en una fórmula políticamente correcta: ‘la Europa continental’ frente a ‘la Europa peninsular’, bajo la cual subyace la vieja línea divisoria.

dar cuenta de sus rasgos particulares puede derivar en simplificaciones faltas de rigor. No obstante, si se buscan los fundamentos de los constructos existentes y se indagan sus antecedentes, se descubre la persistencia de las imágenes creadas a lo largo del tiempo, resultado tanto de la autopercepción de quienes forman parte de ese entorno geográfico como de las miradas construidas desde la otredad.

Para desarrollar esta hipótesis me centraré en una zona acotada, la región española de Valencia, con el fin de bosquejar su singularidad e identidad en el amplio abanico de pueblos del Mediterráneo europeo. La literatura, discurso atento y receptivo a todos los discursos sociales y detentador de un papel clave en la formación de imaginarios y en la transmisión de bienes simbólicos, será en esta ocasión la fuente privilegiada.

### **Fronteras del Mediterráneo valenciano**

El litoral español formado por la región valenciana tiene un perfil propio en el conjunto de las regiones de Europa abiertas al sur. Los distintos pueblos que habitan la línea mediterránea española comenzaron a esbozar su señas de identidad hace más de dos mil años en el extremo occidental del Mare Nostrum, en una tierra que los viajeros reconocían a la distancia por sus aromas: cuenta la leyenda que antes de la colonización romana los navegantes sabían que se aproximaban a Hispania por la variedad e intensidad de las fragancias de hierbas y flores que provenían del continente.

La fábula perduró en Valencia y mucho más tarde se fortaleció con el perfume del azahar, que hoy anuncia su cercanía y refuerza el mito. Otras referencias se añadirán a la construcción de una imagen del litoral valenciano en la cual la naturaleza pródiga y deslumbrante se cruza con las factorías y los templos de los antiguos ocupantes del mediterráneo occidental, con la huella de las acequias y las alquerías musulmanas y con la tradición cristiana que se impuso sobre los anteriores dueños del Mediterráneo.

Los estratos que forman la herencia múltiple acumulada durante siglos se conjugan con un entorno natural privilegiado que, según distintos analistas, potencia una percepción del mundo más sensorial que espiritual, menos ascética que pragmática y más expansiva que ensimismada. Se ha dicho en distintas ocasiones que no es fácil imaginar una poeta místico en el litoral valenciano, y que el carácter de sus gentes no se aviene fácilmente con la contención y austeridad de la meseta. A fines del siglo XIX el novelista Vicente Blasco Ibáñez constituyó un representante de esta

tendencia opuesta al castellanismo afincado en el centro de la península ibérica, pero como se verá más adelante, otros nombres sustentan la tesis.

“Blasco predica un panmediterraneísmo ferviente y dionisiaco, sensualista y nada idealista, muy lejano al espiritualismo, a la idea de una España eterna y de una tradición nacional castellana, manifestada en la mística, en la pintura y en la literatura, desde el *Poema del Cid* al *Quijote* y al Greco, pasando por Santa Teresa y llegando hasta Larra”.<sup>3</sup>

Hasta aquí sólo he expuesto una serie de tópicos que constituyen lo que en este encuentro se ha designado como plano imaginario o simbólico, sin abandonar la cautela que las construcciones culturales despiertan en quienes deben demostrar una relación rigurosa con el conocimiento. Es momento de fundamentar los presupuestos a partir de un corpus literario que ha dejado testimonios de la construcción de tales representaciones. Se demostrará que los autores seleccionados, sean autóctonos o foráneos, proporcionan en sus obras una imagen de la cultura y del espacio valencianos tanto o más sólida que las particiones geopolíticas y que es inseparable de su inscripción en el mundo mediterráneo.

### **Fronteras entre el litoral y la meseta**

Las *Cartas marruecas* de José Cadalso, escritas alrededor de 1773 y publicadas en libro veinte años después, dan señales fehacientes de que en el siglo ilustrado ya estaba bien definido el mapa de las distintas regiones que hoy forman la nación española; entre ellas, la de los habitantes del litoral levantino.

En la carta XXVI, Gazel, el joven viajero marroquí refiere a su maestro Ben Beley las características de los pueblos de España. Comienza con un comentario de alcance general antes de pasar a describir los rasgos de cada uno de ellos:

“Por la última tuya veo cuán extraña te ha parecido la diversidad de las provincias que componen esta monarquía. Después de haberlas visitado, hallo muy verdadero el informe que me había dado Nuño de esta diversidad”.<sup>4</sup>

---

<sup>3</sup> Oleza, Joan: “Novelas mandan. Blasco Ibáñez y la musa realista de la modernidad”. En Debats, Nº 64-65, Valencia, 1999, p. 110.  
<http://www.uv.es/entresiglos/oleza/pdfs/vbidebats.PDF>. (01-09-2010).

<sup>4</sup> Cadalso, José: *Cartas marruecas*. Edición de Manuel Camarero. Madrid, Castalia. 1984, p.11.

Cuando llega el turno de describir a los valencianos dice de ellos que “están tenidos por hombres de sobrada ligereza, atribuyéndose este defecto al clima y al suelo”. Seguidamente, les concede el mérito de ser “los españoles que más progresos hacen en las lenguas positivas y lenguas muertas”<sup>5</sup>. Interesa destacar que el suelo y el clima se subrayan como factores determinantes que modelan una forma de ser que el autor de ‘*Cartas*’ no aplaude, aunque a continuación pondere la aptitud de los valencianos para la investigación lingüística. El elogio está dirigido a destacados filólogos nacidos en esa región, como Gregorio Mayáns, fundador de la Academia Valenciana, y responsable de la primera edición del *Diálogo de la lengua* de Juan de Valdés.<sup>6</sup>

Casi dos siglos más tarde y varios períodos estéticos después, Miguel Hernández, valenciano de origen, en una de sus composiciones de combate más emblemática, “*Vientos del pueblo me llevan*”, anima a los españoles de las distintas regiones a luchar contra el fascismo. Llamándolos por sus gentilicios los identifica con sus virtudes emblemáticas, que en el caso de los valencianos es la alegría, atributo que puede considerarse el anverso positivo de la “ligereza” que les atribuía Cadalso.

Asturianos de braveza,  
vascos de piedra blindada,  
valencianos de alegría  
y castellanos del alma...<sup>7</sup>

La percepción de los valencianos volcada en las *Cartas marruecas* puede ser o no el germen de las referencias más acres pronunciadas por Unamuno y Baroja en la centuria siguiente; de cualquier modo la continuidad es notoria y pone de manifiesto que cien años después se han acentuado ciertos rasgos del constructo.

En ocasión de cumplirse en 1998 el centenario de la publicación de *La barraca*, cuyo autor fue un blanco de los ataques de los principales representantes de la llamada Generación del 98, Facundo Tomás indagó esta construcción de España central frente a la de la vertiente mediterránea mediante un pormenorizado análisis de las opiniones sobre Valencia y los valencianos vertidas por Unamuno, Valle Inclán, Azorín y Baroja, entre

<sup>5</sup> Id., Id., p. 113.

<sup>6</sup> Manuel Camarero apunta los nombres de otros eruditos a quienes aludiría Cadalso: Francisco Cerdá y Rico, el P. Juan Andrés y Antonio Ponz. Id., id., p. 113.

<sup>7</sup> Hernández, Miguel: “*Vientos del pueblo me llevan*”. En *Viento del pueblo*, incluido en *Obra poética completa*. Bilbao: Zero. (nov. 1979[1937]), p. 311.



otros. El autor de *Niebla* sostenía que Valencia era “otra España, la España que podríamos llamar pagana y, en cierto sentido progresista, la que quiere vivir y no pensar en la muerte”<sup>8</sup>. Para los fines del presente trabajo, interesa destacar que como las reflexiones giran en torno al arte, Unamuno proyecta el esquema del mapa peninsular en el campo de la pintura. Es así como contrapone el sensualismo de Sorolla, en quien Valencia “encuentra su otro pintor” (Id., id.)<sup>9</sup>. Su “religiosidad pagana, de explosión de vida y luz a ciclo abierto” es la antítesis del claroscuro y la espiritualidad de Zuloaga, el artista de Castilla por antonomasia.

Por su parte, Valle Inclán reconocía tres españas, una de ellas, la región levantina, “fenicia”, “gitana”, “falsa”, de “ciencia engañosa” porque no había conservado el legado griego sino el norte africano. Tampoco Unamuno dudaba de africanidad de España. A pesar de haber reconocido que el paganismo alimentaba la tendencia positiva hacia la vida de los valencianos, la situación geográfica nos los favorecía, pues los alejaba de la ciencia griega volviéndolos africanos y engañosos. Es evidente que Unamuno reproduce en el territorio español la divisoria que en el mapa europeo se realizaba a escala continental.

[Para Klemperer] “España sólo tiene un barniz europeo muy superficial. Comparte la idea —con una larga trayectoria imagológica— de que España muestra un perfil africano y oriental. África y el Oriente se confunden en esta noción de lo exótico y extraño. La visita a la mezquita de Córdoba confirma que la cultura española es árabe, pero destrozada por el catolicismo”.

Seguramente conocía el autor vasco la imagen de su país más allá de los Pirineos y su división de España respondía a una operación para resguardar, al menos una parte de la geografía peninsular, del arraigado estigma.

Por su parte, Pío Baroja diferenciaba la España del norte de la meridional; la nórdica era pensante, especulativa; la del sur, amiga “de la horizontal y los fandangos (versión africana) o la *masaletá* (versión levantina)”, de herencia africana. La luz, el sol y el paganismo se complementaban en Valencia para dar lugar a un espíritu desaprensivo y superfluo.<sup>10</sup>

---

<sup>8</sup> Unamuno, Miguel de: “De arte pictórica”, Buenos Aires, *La Nación*. Citado por Facundo Tomás. En Tomás, Facundo: “Introducción” a Vicente Blasco Ibáñez: *La maja desnuda*. Madrid, Cátedra. 1998 [1906], p. 13.

<sup>9</sup> Id., id., p. 13.

<sup>10</sup> Id., id., p. 23.

Sin la animosidad de los dos escritores vascos, Galdós<sup>11</sup> había dejado previamente una visión del valenciano que reaparecerá en importantes novelas posteriores. Se trata del Horacio, pintor y amante de Tristana en la novela del mismo nombre. En un momento el joven debe irse de Madrid a Valencia para administrar una finca heredada. En poco tiempo el soñador con vocación de bohemio se convierte en un entusiasta agricultor que explota a conciencia las tierras de su propiedad. Desde entonces abandona sus veleidades de artista y el *pathos* romántico tardío y se distancia de su amor madrileño.

La historia de Tristana y Horacio no tendría gran pertinencia si no hubiera tenido sucesión en una de las más celebradas novelas de la considerada plataforma inicial del 98, esto es, *Camino de perfección* (1902), de Pío Baroja. El protagonista, Fernando Ossorio, es un hiperestésico y decadente artista frustrado que, como el personaje galdosiano, se traslada de Madrid a Valencia para huir del desasosiego y el mal del siglo. El desenlace de la novela ha recibido diversas interpretaciones: la boda de Ossorio con una vital y simple muchacha valenciana hija de labradores simboliza para la crítica la caída en la trampa de la conservación de la especie, cuya continuidad, según el pensamiento de Schopenhauer, descansa en la mujer, poseedora del impulso de la reproducción<sup>12</sup>. Sin embargo, desde el punto de vista de la inadecuación parasitaria de Ossorio su entorno, el personaje experimenta un cambio hacia el hombre pleno en contacto con la naturaleza y la cultura del trabajo en un enclave que, como en Tristana, se sitúa en la zona valenciana. En la novela de Baroja se hace más explícito lo que en la de Galdós sólo se insinuaba: los habitantes del litoral miran con recelo y desdén a sus parientes de Madrid, Ossorio entre ellos, pues representan la jactancia y la pereza propia de la aristocracia de la corte, indolente y empobrecida. Los futuros suegros desconfían del novio porque creen descubrir en él los modales de una hidalguía en decadencia que no duda en señalar despectivamente la rusticidad de los labradores levantinos. Los comienzos de la relación entre Fernando con su prima y futura esposa está marcada por la rivalidad entre las dos regiones:

“Dolores y yo no nos entendemos; siempre estamos regañando. Yo le digo que estos pueblos valencianos no me gustan: blanco y azul, yeso y añil, no se ve más, todo limpio, todo inundado de sol pero sin gracia, sin arte; pueblos que no tienen grandes casas solariegas, con iglesias claras, blanqueadas, sin rincones sombríos.

<sup>11</sup> Briesemeister, Dietrich: “Víctor Klemperer, hispanista a su pesar”. Op. cit., p. 26.

<sup>12</sup> Fox, E. Inmex: “Baroja y Schopenhauer, *El árbol de la ciencia*”. En Javier Martínez Palacio (ed.), Pío Baroja. *El escritor y la crítica*. Madrid, Taurus, 1974.

—A Fernando no le gusta nuestro pueblo ha dicho ella a su madre con tono zumbón—. ¡Como él es artista y nosotros somos unos palurdos! ¡Como no hablamos con gracia el castellano y no decimos *pojo* ni *cabayo* como él... Pues *mar* ti si eso es bonito.

Hemos seguido discutiendo que si valencianos, que si castellanos, y yo, para incomodarla, la he dicho:

—Pues yo, la verdad, no me casaría con una valenciana.

—Ni yo con un madrileño —me ha contestado Dolores rápidamente”.<sup>13</sup>

Años más tarde Manuel Vicent, escritor y periodista valenciano, vuelve a marcar la distancia entre la burocracia improductiva del centro y la laboriosidad de Levante.

“Los automovilistas cruzan velozmente este solar con la alucinación de astronautas en dirección a un espejismo de cemento que exhala el desierto. La patria exhibe en el centro un alma de humo cuyo poder de atracción se mide en pólizas, en decretos y telegramas a los gobernadores civiles, o sea, en corrientes de papel [...]

En cambio, la periferia está abarrotada de gente. Allí hay fábricas, turistas, pimientos, tejidos, verduras, genios locales, vacas lecheras, melones de invernadero y seres indígenas que hablan otras lenguas desde hace mil años”.<sup>14</sup>

Pero quizás uno de los ejemplos más sugestivos de la mirada altanera del habitante de la meseta austera de Castilla, que Unamuno identificó con España, lo proporciona Eduardo Haro Tecglen. El reconocido escritor y periodista recuerda en sus memorias de infancia que durante la Guerra civil, los refugiados recién llegados de la capital asediada por el ejército de Franco sólo tenían miradas de menosprecio hacia la ciudad que los albergaba.

“Muchos de los madrileños, evacuados en los camiones del Quinto Regimiento —como Antonio Machado por Lister: “Si mi pluma valiera tu pistola”...—, o huidos en medios de fortuna, no quisieron entender Valencia. Había

<sup>13</sup> Baroja, Pío: *Camino de perfección. (Pasión mística)*. Madrid, Caro Raggio. 1993 [1902], pp. 295-296 (cursivas y laísmo en el original).

<sup>14</sup> Vicent, Manuel: “El badajo”. En *Arsenal de balas perdidas*. Barcelona, Anagrama. 1988, pp. 33.

entonces un tipo de madrileño capitalino y despectivo: y tenía mala conciencia de haber dejado su ciudad en peligro y la proyectaba sobre quienes le acogían. Se burlaban del idioma, llamaban “la escupidera” a la plaza de Castelar, por sus grandes agujeros redondeos que daban luz y aire al mercado de flores subterráneo; huidos ellos del frente, acusaban de cobarde a la retaguardia. Con el hambre a la espalda, hacían gestos de horror en el mercado, ante la comida viva: las anguilas, los caracoles... En muchos había la amargura real de que aquella abundancia no se alargase para socorrer Madrid. Valencia era cortés, abierta y generosa: comenzó a dolerse. Las dos poblaciones se llevaron mal; y una parte de Madrid no ha extinguido nunca su deuda con Valencia”.<sup>15</sup>

### Costa del azahar y de la luz

Tendrán que pasar muchos años para que se advierta que la imagen de Castilla convertida en metonimia de la nación entera por el discurso del 98, no se correspondía con la forma de enfrentarse e interpretar la realidad de otras regiones de la Península Ibérica. Frente a la construcción erigida alrededor de la meseta, con hondas reminiscencias de la denominada “España eterna”, misticismo, orgullo, mesura, austeridad monacal, el mediterráneo valenciano ha hecho visible una imagen propia en la que destaca una forma de entender el mundo desde un horizonte más sensorial, voluptuoso y gozoso que reconcentrado y doliente.

Nuevamente la literatura se muestra partícipe necesaria de la construcción simbólica, no sólo mediante la puesta en foco de las tensiones entre el centro y la periferia, como se ha visto en las páginas precedentes, sino a través de la recurrencia de poéticas que plasman en el texto la vivencia sensorial y gozosa del mundo. Los escritores que conforman la serie sobrepasan el breve repertorio que puede brindarse en esta ocasión, pero serán suficientes para atestiguar una tradición literaria con cuño propio, que invita a leer desde otra perspectiva incluso a autores asociados a otra estética y otro *pathos*. Así sucede con la escasamente visitada etapa gongorina de Miguel Hernández, representada por *Perito en lunas* y por gran parte de su poesía no recogida en libro por el poeta, todavía ajenos a los sonetos amorosos de dramática factura quevedesca y de su poesía social y comprometida. En estos poemas, los sentidos, la sexualidad y el impulso vital adquiere extremos de plenitud y gozo<sup>16</sup>.

<sup>15</sup> Haro Tecglen, Eduardo: *El niño republicano*. Madrid, Alfaguara. 1996, pp. 156-157.

<sup>16</sup> Como dato de interés sobre el período oriolano del autor de *Viento del pueblo*, puede añadirse que en su poesía más temprana, sin duda de aprendizaje, muestran el influjo de Blasco Ibáñez en el tópic poema, “La flor de la huerta”, donde la barraca se convierte el

Constituyen un ejemplo destacado las dos octavas reales dedicadas a la masturbación en *Perito en lunas*, o el explícito canto al sexo femenino en “El silbo de la llaga perfecta”. Igualmente, *Poemas varios*, escritos antes de *El rayo que no cesa*, elevan un canto a la naturaleza y al estallido de las pulsiones carnales en un escenario exuberante de luz y rebosante de experiencias sensoriales donde el sexo se trasunta en flores y frutos:

### Oda – a la higuera

Abiertos, dulces sexos femeninos,  
o negros, o verdales;  
mínimas botas de morados vinos,  
cerrados: genitales  
lo mismo que horas fúnebres e iguales.

Rumores de almidón y de camisa:  
¡frescos! De rumores  
en hoja verderol, falda precisa,  
justa de alrededores  
para cubrir adánicos rubores.<sup>17</sup>

Los versos finales exaltan genitalidad y el eros, identificados con la vida tal como se concibe en el sur.

Bajo la umbría bíblica me altero,  
más tentado que el santo.  
soy tronco de mí mismo, más no quiero,  
ejemplar de amaranto,  
lleno de humor, pero de amor no tanto.

---

<sup>17</sup> espacio alegórico y sentimental de las penurias del campesino. Hernández, Miguel: “Oda – a la higuera”. En *Otro poemas no incluidos en libro. b) Poemas varios (1933-1934)*. Incluido en *Obra poética completa*. (Ed. de Leopoldo de Luis y Jorge Urrutia). Bilbao, Zera, 5ª ed. 1979, p. 103.

Aquí, sur fragoroso tiene el viento

la corriente encendida;

la cigarra su justo monumento,

la avispa su manida.

¡Aquí vuelve a empezar!, Eva, la vida.<sup>18</sup>

En la década anterior, un autor también poco visitado, Gabriel Miró, dueño de una estética singular en el escenario literario español de los años veinte, contrapesa sus historias de rivalidades sacerdotales y de carlistas envueltos en sórdidas pasiones, con una captación jubilosa del espacio, del cuerpo, de los sabores y los aromas de la tierra. La tensión entre el placer y el pecado se inclina por el primer elemento de la oposición; ni el sentimiento de culpa puede contra la invitación del mundo a ser disfrutado con los cinco sentidos, aun cuando se trate de un consagrado.

“Comenzaba abril, el abril de Olza, oloroso de acacias, de rosales y naranjos; de buñuelos, de hojaldre de *monas* de Pascua. Pero don Jerómillo sentía ya la rubia hoguera de junio que alumbraba las regladas vísperas de los Santos Apóstoles. La memoria de sus pasados refocilos no le dejaba ni cumpliendo su ministerio. Tenía que penitenciarse, imaginando muy hediondos los manjares y muy horrenda a doña corazón. Y nada. Triunfaba siempre la pulidez de la señora. Porque ¿qué fortaleza y qué rigores ascéticos podrían malograr la sabia mensura de la masa de la empanadas de pescado y el primor de la tostada orilla, toda de un rizo, como el tisú de la casulla más preciosa de la Visitación?

[...]

Y el capellán le miraba los dedos, aspirando su aromosa limpieza, olor de bergamoto, pero bergamoto hecho de carne y palidez delicada de la viuda”.<sup>19</sup>

Las imágenes evocadoras de una percepción plástica y visual de la realidad no se reducen a la creación literaria; tienen en la pintura su expresión privilegiada. No es casual que el nombre de Joaquín Sorolla haya aparecido en el horizonte de las reflexiones. Los frutos en sazón, el

---

<sup>18</sup> Id., id., p. 104.

<sup>19</sup> Miró, Gabriel: *Nuestro padre San Daniel. En Obras escogidas* (Nota preliminar de María Alfaro). Madrid: Aguilar, 2ª ed. (1955|1921|), p. 598.

desborde lumínico, la explosión del estío recuerdan su reconocible pincelada en las escenas al aire libre, en la huerta o el mar valencianos.

En el último medio siglo la prosa luminosa del ya nombrado escritor y periodista Manuel Vicent vuelve a establecer una línea de continuidad en la serie de textos abiertos a la captación plástica y sensorial de la realidad. Como "Sorolla de la letra"<sup>20</sup> ha sido calificado en la reciente *Landatio* de su doctorado Honoris Causa por la Universidad Jaume I de Castellón, certera definición que subraya la cualidad de una prosa luminosa y sensual, rica en aromas y sabores, certera para captar los matices y la textura de los objetos y el sonido de la escena.

"La bajamar ha adquirido una tonalidad de estaño en la vertical del mediodía, pero va tomando matices lívidos a medida que la luz declina y el ángulo de la tarde ya permite ver desde muy lejos con claridad todos los perfiles de aquel festín: los manteles blancos, los vidrios centelleantes, las sedas negras, las peinetas de nácar, las tartas de merengue, el metal de las trompetas".<sup>21</sup>

El arte visual del escritor se conjuga con la afirmación de la herencia clásica antigua y hedonista como un programa estético y vital mediante el que toma distancia de la doctrina de sufrimiento y resignación de la tradición judeocristiana. Su personal escritura se inscribe en la misma serie de escritores nombrados, que desde poéticas, géneros y universos literarios diversos, inscriptos en épocas y períodos estéticos dispares y hasta antagónicos, se eslabonan por la capacidad de apresar el costado sensorial de las cosas, produciendo un nuevo alumbramiento del mundo. En ocasiones, la luz y las tradiciones mediterráneas se encuentran y redescubren la embriaguez pagana de las fiestas solares bajo la fachada de los rituales sacroprofanos del presente.

"Si hoy llevan a un niño valenciano, el segundo domingo de mayo, al Traslado de la Virgen, vestido con la camiseta del futbolista Albelda, y el gentío lo pasa en volandas entre gritos de entusiasmo para que toque a la Madre de los Desamparados, esa sensación les dejará una doble marca en el cerebro límbico, como a mí me dejaron las flores a María en la escuela, cuyo perfume no puedo

---

<sup>20</sup> Fernández Beltrán, Fernando: *Landatio*. En *Espacios nueva serie*, Universidad Nacional de la Patagonia Austral-UARG, Río Gallegos. En prensa.

<sup>21</sup> Vicent, Manuel: "El diario de Epicuro". En *Del café Gijón a Itaca. Descubrimiento del Mediterráneo como mar interior*. Madrid, El País-Aguilar. 1994, p. 151.

separar del que producían los cromos del equipo de Valencia”.<sup>22</sup>

El proyecto literario y vital de Vicent se manifiesta en algunas estrategias textuales mediante las cuales jerarquiza los vestigios de la cultura greco-romana y los refunda como lugar de memoria colectiva cuyas huellas emergen por debajo de la liturgia cristiana.

“En este valle los romanos levantaron un altar a Diana junto al bosquecillo de manzanos cuyo aroma en otoño sustituía al incienso, y al final de un barranco lleno de alacranes y hierbas de anís hay una cala muy azul que guarda los gritos de tu niñez. [...] En la pequeña ciudad del litoral quedan las ruinas de un templo, de varios palacios, del prostíbulo legal, de un teatro, de la biblioteca municipal, de algunas tahonas, y cada uno de estos recintos derruidos conserva el perfume que fue tu alma. Después de tantos siglos de silencio donde quiera que estés, muerto o resucitado, tú no eres sino el conjunto de aromas que aspiraste mientras vivías. Huelen todavía a paja quemada las tardes de verano. El aire húmedo que precede a las tormentas, la esencia de tierra mojada cuando el aguacero ha pasado, el vapor de mucosa materna que despiden las algas podridas en aquella cala azul, el tufo cabrío del ganado contra el espliego, el incienso de los manzanos junto al altar de Diana, permanecen aún en este valle esperando que vuelvas”.<sup>23</sup>

### Fronteras estéticas

Hasta aquí se han expuesto distintas visiones del Mediterráneo valenciano construidas desde dentro y desde fuera de ese espacio físico y cultural. Para finalizar, se brindará una representación reciente que se opone a la circunspección y el intelectualismo encamado por el español medio, culto y snob, algo acomplexado de su país y devoto de las culturas cosmopolitas y prestigiosas. Una lectura metaliteraria del antagonismo que

---

<sup>22</sup> Vicent, Manuel: “Virgenes”. En *El cuerpo y las olas*. Madrid, Alfaguara. 2007, pp. 259-260. Cfr. “¿Por qué iba a llorar un Cristo en Denia con el buen clima que hace? Ahora los naranjos están en flor, el sexo revienta por todas partes, la gente come paellas y los veleros navegan sobre un mar sonrosado”. Del mismo autor, *Arsenal de batallas perdidas*. Op., cit., pp. 115-116. El texto pertenece a una columna periodística escrita en 1985 a raíz de a las supuestas lágrimas de sangre que según un rumor popular manaban del Cristo de Limpias, en la ciudad alicantina de Denia.

<sup>23</sup> Vicent, Manuel: *A favor del placer, Cumbiermo de batallas para los naufragos de hoy*. Madrid, El País-Aguilar, 1993.



aparece en primer plano permitirá leer el relato en clave de discusión sobre poéticas y tendencias literarias.

En esta ocasión, las fronteras aparecen dibujadas por Antonio Muñoz Molina, quien transmite por tanto una visión 'otra', desde fuera del entorno mediterráneo de Valencia. En 1999 Muñoz Molina escribió *Carlota Fainberg*<sup>24</sup>, un delicioso cuento que luego amplió a *nouvelle*. Como queda dicho, entre los distintos niveles de lectura posibles, uno de los más relevantes es el metapoético: el autor de *Beatus ille* expresa su concepción de la literatura y del relato mediante la justa dialógica entre un profesor español que dicta cátedra en una universidad norteamericana y un compatriota con el que accidentalmente coincide en un aeropuerto colapsado debido a un temporal de nieve. En la disputa no declarada se enfrentan la pedante displicencia del académico y las notables dotes de narrador de su inesperado compañero de viaje, quien durante la espera cuenta al profesor una fantástica aventura erótica que vivió en un emblemático hotel de Buenos Aires<sup>25</sup>. El intelectual distanciamiento del español orgulloso de pertenecer al gran país del norte y temeroso de no estar a la altura de las modas estéticas de sus colegas, termina atrapado por la elocuencia del improvisado narrador. Cuando la tormenta amaina y los viajeros retoman la ruta de su viaje, el profesor universitario trata de recuperar su papel sometiendo el relato de su ocasional compañero a los códigos de la crítica académica al uso.

"No oculto que me decepcionó el final tan apresurado de la historia, o más bien su falta algo desaliñada de final. ¿Carecía Abengoa de lo que Frank Kermode ha llamado "the sense of an ending", o se inclinaba, sin saberlo, por esa predilección hacia los finales abiertos que se inculca ahora en los writing workshops de las universidades? Media hora más tarde fue anunciado por los altavoces el boarding para el vuelo a Miami. Como a mí aún me sobraba mucho tiempo, acompañé a Abengoa hasta la gate que el correspondía, y me sorprendió descubrir cierta congoja al despedirme de él. Viviendo en América hay veces en las que uno se siente, por sorpresa, horriblemente solo".<sup>26</sup>

---

<sup>24</sup> Muñoz Molina, Antonio: "Carlota Fainberg". En *Cuentos de la isla del tesoro*. Madrid, Alfabara. 1994, pp. 161-210.

<sup>25</sup> El hotel puede identificarse sin dificultades con el City Hotel, el cual, como vaticinara el cuento, fue reciclado completamente tras ser comprado por una conocida cadena hotelera.

<sup>26</sup> Muñoz Molina, Antonio: *Carlota Fainberg*. Madrid, Alfabara. 1999, p. 124. Extranjerismos sin cursiva en el original.

El verborrágico e insistente narrador de la historia de Carlota Fainberg se apellida Abengoa, pero detrás del apellido de resonancias vascas se presenta como comerciante alicantino, es decir valenciano. Muñoz Molina es un escritor experto con agudo sentido de la realidad y experto en poner nombres alusivos y connotados a sus criaturas de ficción. Por tanto, atribuir al azar el origen y la caracterización del personaje sería un subterfugio demasiado simple; antes bien, la eficaz relación del gentilicio con la facundia del personaje subraya el efecto buscado con la oposición de los dos personajes de la *nouvelle*.

La paradoja del activo y productivo reciclador de hoteles en ruinas que termina doblegando y seduciendo a un académico atormentado por las rivalidades intestinas del mundo universitario, frustrado productor de intransitivos y desapasionados *papers*, es funcional al debate metaliterario. El vital alicantino que cautiva a su interlocutor y —sobre todo, a sus lectores— a pesar de los aprioris de la crítica especializada, revalida una concepción de la literatura contraria al intelectualismo y las modas impuestas desde la academia. El triunfo del narrador nato frente al universitario dogmático puede leerse como un homenaje al cuestionado autor de *La barraca*<sup>27</sup>. El duelo de los dos personajes recuerda el debate estético que en el anterior entresiglo estigmatizó al exitoso novelista valenciano, actualizándolo desde los parámetros de las estéticas del presente: en el contexto de la revaloración posmoderna de los modelos narrativos de raigambre realista y decimonónica se encuentran los fundamentos de la actual rehabilitación de Blasco Ibáñez.

Si se relaciona *Carlota Fainberg* con las obras que se han comentado hasta aquí, se podría decir que frente al cosmopolita docente universitario, el sabueso de hoteles en quiebra hoteles es poco refinado, tal como se veía a sí misma la familia política de Fernando Ossorio frente al culto madrileño.

“Delante de mí [el padre] le ha dicho a Dolores los riesgos que corría casándose conmigo.

—Fernando —con retintín nervioso— no es de nuestra clase, es un aristócrata; está acostumbrado a una vida de lujos, de vicios, de comodidades. Para él, convéncete, eres una muchacha tosca, sin maneras elegantes, sin mundo... ¡Piensa lo que haces, Dolores!”. La diferencia es que

<sup>27</sup> Sobre las batallas estéticas e ideológicas en las que quedó envuelta la obra de Blasco Ibáñez, v. Oleza. Op. cit., 1999.

Abengoa no parece preocuparse por ello ni atribuye a su compatriota una existencia mundana y fastuosa<sup>28</sup>.

La diferencia es que Abengoa no parece preocuparse por ello ni atribuye a su compatriota una existencia mundana y fastuosa. En el encierro obligado del aeropuerto, donde el tiempo detenido y la condición de no lugar, suspenden la distancia y anulan las jerarquías, se impone la magia del relato y el talento desprejuiciado del narrador, adornado de un apasionamiento y un fervor que dicen mucho de sus raíces y de su identidad.

### **Para concluir: una reflexión sobre la memoria de las fronteras**

En el mapa de la Península Ibérica el mar Mediterráneo se dibuja como una frontera local dentro de la frontera mayor constituida por España en tanto extremo suroccidental de Europa. A su vez, las regiones del Mediterráneo europeo, se diferencian entre sí en un juego de alteridades, construido con las miradas propias y ajenas que a lo largo de los años han elaborado su identidad en un conjunto heterogéneo. En un extenso territorio geográfico común, con rasgos culturales y pasados históricos compartidos y a la vez, diferenciados, se observa tanto la presencia —o mejor, la búsqueda y afirmación— de rasgos identitarios que sobreviven al paso del tiempo, como de tradiciones locales que reformulan los imaginarios más extendidos.

Frente a la enraizada dicotomía entre norte y sur de alcance europeo, puede observarse respecto del espacio mediterráneo valenciano que se reproducen hacia el interior del territorio español las fronteras simbólicas del continente, pero con importantes variaciones. Si por un lado el litoral valenciano afirma una mediterraneidad que exalta un sentido más pagano de la existencia, con una percepción más voluptuosa y sensorial del mundo frente la visión agónica y sombría del imaginario castellano preconizado por 'el 98', no reproduce de igual manera el tópico entre productividad e inacción que traza una imaginaria frontera entre la Europa del norte —protestante— y la del sur —católica. Por en contrario, la dicotomía dominante es la que se establece entre el centro, epítome de la capital del reino, el mundo cortesano y la hidalguía arrogante e improductiva —fiel a la condena católica del lucro y el comercio— y la periferia laboriosa y emprendedora y de tradición más plebeya.

Si en lugar de considerarse una frontera, se concibe el mar Mediterráneo como lago interior entre las culturas meridionales de Europa,

---

<sup>28</sup> Baroja, Pío: *Camino de perfección. (Pasión mística)*. Op. cit., p. 320.

las del norte de África y las del cercano Oriente, como ha ocurrido en diferentes momentos históricos, se advierte que en el presente priva la diferencia, no la continuidad, entre la orilla europea, la norteafricana y la de oriente próximo.

Si se vuelve el foco nuevamente a España, y a la región valenciana en particular, se observa que los imaginarios culturales tienden a reconocerse, aglutinarse o rechazarse en torno a la tensión entre la tradición judeo cristiana y la herencia clásica y pagana, pero es difusa, esquiva y en cierto modo vergonzante —recuérdese las alusiones a la africanidad de Unamuno y Baroja— cuando se trata de la memoria del prolongado pasado árabe (ocho siglos desde la batalla de Guadalete hasta la expulsión definitiva de los moriscos en 1609)<sup>29</sup>. La herencia musulmana perdura más en la arquitectura o mimetizada en las costumbres, fiestas (es inevitable mencionar la muy extendida de moros y cristianos), tradiciones culinarias o en las formas de cultivar la huerta que en los constructos culturales de tradición culta. En imagen de Manuel Vicent “Sólo el alma de los moros valencianos sigue fluyendo en las acequias”<sup>30</sup>.

Por su parte, Manuel Vázquez Montalbán solía repetir que el único vínculo realmente uniformador y compartido por todos los países de la cuenca mediterránea era la berenjena, desde Siria a Murcia y de Viareggio a Túnez. En forma similar, puede afirmarse que la distancia simbólica y material entre los tres continentes que se asoman al Mediterráneo es inversamente proporcional a la mínima, en algunos puntos nula, distancia geográfica que media entre ellos.

Contemplado de esta manera, el legado de una cultura mediterránea que sustenta las bases de la cultura europea tiene un peso mayor que la unidad geográfica que forman las grandes masas continentales que encierran al mar. En la transmisión y conservación de esas señas de identidad, la literatura desempeña un papel irremplazable; basta recordar la poesía de Hölderlin, el poeta loco que pasó gran parte de su vida confinado en una torre en la ciudad de Tubinga muy alejada del mar y del sur. La luz mediterránea y los mármoles de depurada línea de sus poemas son una prueba de la persistencia de la memoria cultural y de su capacidad constante para moldear y reinventar una identidad que sobrepasa las fronteras y crea un mapa mental que se ramifica y expande lejos de sus

<sup>29</sup> No está en discusión la pervivencia de las culturas árabe y judía en la identidad española, ni se pone en duda su carácter multicultural y mestizo, aunque hayan tenido que permanecer en las sombras a partir de la imposición de una religión única en los comienzos de la era moderna.

<sup>30</sup> Vicent, Manuel: “El diario de Epicuro”. En *Del café Cijón a Itaca. Descubrimiento del Mediterráneo como mar interior*. Madrid, El País Aguilar, 1994, p. 128.

coordenadas naturales. Que ese mapa albergue a Homero, Hölderlin y *Las 1001 noches* y el *Cantar de los cantares* es el resultado de un duro pero fructífero aprendizaje de siglos.

## Bibliografía

- Baroja, Pío. (1993). *Camino de perfección. (Pasión mística)*. Madrid: Caro Raggio. [1902].
- Bresemeyer, Dietrich. (2008). "Victor Klemperer, hispanista a su pesar". En *Boletín de la Asociación Internacional de Hispanistas*. N° 15. AIII-Fundación Duques de Soria, pp. 23-27.
- Cadalso, José. (1984). *Cartas marruecas*. Edición de Manuel Camarero. Madrid: Castalia.
- Fernández Beltrán, Fernando. (En prensa). *Laudatio*. En *Espacios nueva serie*, Universidad Nacional de la Patagonia Austral-UARG, Río Gallegos.
- Fox, E. Inman. (1974). "Baroja y Schopenhauer. *El árbol de la ciencia*". En Javier Martínez Palacio (ed.): *Pío Baroja. El escritor y la crítica*. Madrid: Taurus, pp. 397-407.
- Haro Tecglen, Eduardo. (1996). *El niño republicano*. Madrid: Alfaguara.
- Hernández, Miguel. (1979). *Otro poemas no incluidos en libro (I). b) Poemas raros (1933-1934)*. En *Obra poética completa* (Ed. de Leopoldo de Luis y Jorge Urrutia). Bilbao: Zero, 5ª ed., pp. 85-150.
- . *Viento del pueblo*. En *Obra poética completa* (Ed. de Leopoldo de Luis y Jorge Urrutia). Op., cit., pp.297-350.
- Macciuci, Raquel. (2006). "Literatura española de mar a mar". En R. Macciuci y Natalia Corbellini (Eds.). *De la periferia al centro. Discurso de la otredad en la narrativa española contemporánea*. La Plata: Al margen, pp.11-50.
- Miró, Gabriel. (1955). *Nuestro padre San Daniel* en *Obras escogidas* (Nota preliminar de María Alfaro). Madrid: Aguilar, 2ª ed. [1921].
- Muñoz Molina, Antonio. (1994). "Carlota Faerber". En *Cuentos de la isla del tesoro*. Madrid: Alfaguara, pp. 161 -210.
- Muñoz Molina, Antonio. (1999). *Carlota Faerber*. Madrid: Alfaguara.
- Oleza, Joan. (1999). "Novelas mandan. Blasco Ibáñez y la musa realista de la modernidad". En *Debats*, N° 64-65, Valencia, pp. 95-111.  
<http://www.uv.es/entresiglos/oleza/pdfs/vbidebats.PDF>. (01-09-2010)
- Tomás, Facundo. (1998). "Introducción" a Vicente Blasco Ibáñez: *La hija desnuda*. Madrid: Cátedra. [1906], pp. 11-161.
- Vicent, Manuel. (1993). *A favor del placer. Cuadernos de bitácora para los naufragos de hoy*. Madrid: El País-Aguilar.
- . (1988). *Arsenal de balas perdidas*. Barcelona: Anagrama.
- . (2007). En *El cuerpo y las olas*. Madrid: Alfaguara.
- . (1994). "El diario de Lépucuro". En *Del café Gijón a Itaca. Descubrimiento del Mediterráneo como mar interior*. Madrid: El País-Aguilar, pp. 119-154.